

Ya no hay sol

David S. M.



YA NO HAY SOL

Capítulo 1

Ya no hay Sol. Nuestra estrella particular lleva miles de años agonizando. Durante generaciones la hemos visto hincharse y enrojecer, hasta estar a punto ya de sumergirse como una cobarde en la inmensidad del Universo, en una explosión de luz sorda que no nos llegará, pues nos habrá engullido mucho antes. Al final morirá, enana y blanca, dejando vacío este humilde pedazo de universo, tan sólo convertido en una alfombra de restos de lo que un día fue todo un sistema solar. Nosotros, por supuesto, no lo veremos. Los efectos catastróficos nos eliminarán de la faz de la tierra como especie mucho antes. El oxígeno ya escasea, pues el aumento progresivo de temperatura y la desertificación casi han exterminado la vida vegetal, pero ya no importa, pues los pocos seres humanos que sobrevivíamos hemos ido cayendo previamente merced al frío, los nuevos virus y los alienígenas que llegaron al olor de la muerte hace unos doscientos cincuenta años, como buitres carroñeros del espacio.

Hubo un momento en que nos creímos en la cúspide de la evolución, y en cambio hemos descubierto que, realmente, no sabíamos nada. Preocupados en buscar una salida acelerada de este planeta agonizante, ni los vimos venir.

Ellos se alimentan de nosotros, nos absorben la poca vida que nos queda, dejándonos con un pequeño hálito, incapaces de movernos, de huir, de morir por iniciativa propia, con la única esperanza de que la locura nos mantenga aislados de todo hasta que llegue el final.

Al y yo tenemos, a estas alturas, la seguridad de ser los últimos habitantes de la Tierra. Durante un tiempo nos mantuvimos mínimamente organizados, pero al final cesaron hasta las comunicaciones de radio con el resto del mundo, con todo el que mantenía una exigua resistencia. Y ahora, con inhumana insistencia, ellos vienen, cierran el cerco y ya no podemos huir más. Ni queremos, en realidad; estamos muy cansados. Es inexplicable el peso del terror que produce la soledad frente a esto, esa sensación tan inmensa e implacable. Pero ninguno de nosotros dos quiere ser el último. De modo que tenemos un problema.

Al es un suicida, y yo un asesino. Bueno, al menos lo era antes de que no hicieran falta asesinos, cuando todos te requerían para enfrentarte no sólo a esos buitres, sino a sus propios compañeros, pensando que con los despojos de esta Tierra baldía podrían sobrevivir esperando un milagro que no se va a producir. Antes de saber que tampoco tenemos la

capacidad de acabar con ellos.

Ahora mismo, yo tengo el arma. Pero sólo queda una bala.

Vamos a morir, tarde o temprano. Ya puestos, mejor temprano. Pero mejor también por nuestra propia mano que por la de ellos, al menos que no nos priven de ese postrero acto de rebeldía. Y porque además, la alternativa es una agonía insoportable. Y he aquí la cuestión. Si yo mato a Al, viviré, y sé categóricamente que no me volveré lo suficientemente loco antes del final como para que no se me desgarre hasta el centro del alma. No quiero que eso suceda, y no tengo el valor de quitarme la vida, como sí que haría Al en mi lugar. Por descontado, no puedo valorar como opción darle el arma a él, pues se pegará un tiro y yo quedaré en la misma situación en la que me encuentro ahora. Me resulta muy irónico, él es un suicida; uno pensaría que quiere morir, pero no. Lo que quiere es matarse él, no que lo maten.

Uno de los dos tendrá la suerte de morir en paz, pero ¿quién? ¿Cómo se decide algo así? No creo que ningún ser humano hubiera estado capacitado para entender semejante agonía, si se viese en mi lugar.

Les oigo más cerca, ya vienen. Nos han encontrado. Al me mira, y yo a él. Extiendo el brazo con el arma en la mano. Él alarga su brazo lentamente, hasta poner su mano sobre la mía. Lo hemos hablado mucho últimamente, pero nunca hemos podido llegar a un consenso. Temblamos, porque esas cosas se acercan, casi están aquí, y sus chillidos nos ensordecen, nos hielan. Siento gritar a mi alma, que aumenta la presión por dentro por el espanto, como si tuviera prisa por salir y reunirse con el Creador. O por huir de los buitres antes del desenlace. Al asiente, yo asiento. Dios mío, qué final para la Humanidad...

Uno de ellos suspiró. Y apretó el gatillo.